

CAPITULO III

EL PROYECTO OLIGARQUICO BURGUES

Eine derartige Teilung von Arbeit und Aufgabe zwischen den Ländern des Westens und dem Rest der industriell noch nicht entwickelten Welt war nicht nur für das gesamte 19. Jahrhundert bezeichnend, sondern erstreckte sich noch bis in die Mitte des zwanzigsten.

Gero Jenner, *Die arbeitslose Gesellschaft.*

Sin lugar a dudas, la temática que más ocupó a los investigadores sociales de la Región Andina a lo largo de todo el siglo XX fue *el proyecto oligárquico burgués*. La razón es simple: la expansión del capitalismo en la periferia fue de tal magnitud en el siglo pasado que llevó a pensar a los estudios (aún lo hace) que la indagación de este sistema de producción económico-social daría las claves para el análisis total de nuestros países. Resultado de ese impulso académico tenemos hoy una serie de teorías muy valiosas como lo son, y para dar sólo dos ejemplos, la *Teoría de la Dependencia* y la del *Subdesarrollo*.

A pesar de la copiosa bibliografía sobre el tema, tenemos la impresión que los investigadores descuidaron, unas veces y subvaloraron otras el componente ético y la estructura comunicativa con la que tuvieron que enfrentarse los sujetos de este sistema reproductivo. Por otro lado, estas interpretaciones económicas no captaron con claridad suficiente la diversidad de voces y estrategias discursivas que entretajan el capitalismo en la periferia. Nuestra intención es, entonces, sobre las contribuciones de las teorías socio-económicas, 1) abrir líneas de investigación que nos permitan pensar los soportes ético-lingüísticos que hacen posible el capitalismo en nuestra región; así como, 2) explorar las distintas estrategias discursivas que se generan al interior del capitalismo en los Andes. Nuestro trabajo no pretende oponerse a las teorizaciones económicas, sino, más bien, complementarlas críticamente.

Cuatro son los temas que en este capítulo deseamos indagar:

1.- La voz capitalista en el mundo andino y en la producción indigenista. Nuestro estudio se abre con el análisis de la recepción que José María Arguedas y Jorge Icaza hicieron, tanto

del proyecto oligárquico burgués, cuanto de los sujetos de su enunciación. La fenomenología expansiva del capital desde a) su presencia externa, anónima y destructiva, pasando por, b) la traducción y apropiación hecha por los actores nacionales, hasta c) la reformulación que estos últimos hicieran del *ethos* burgués, abre este momento introductorio. Lo cierra una aproximación explicativa a las obras más importantes en las cuales nuestros autores tratan el proyecto oligárquico burgués.

2.- El soporte económico-social del proyecto oligárquico burgués. Resumir, de modo sucinto, las investigaciones que se hiciera sobre el origen y la expansión (democratización y oligarquización) del capitalismo en la periferia, así como recordar el carácter estructural de la dependencia y sus consecuencias en el desarrollo socio-cultural de nuestra región, son las pretensiones de este segundo punto. Para este efecto hemos querido dividir la expansión de capitalismo en la América Andina en tres momentos: 1) el período cacaotero-abonero, 2) el período bananero-pesquero y, 3) el período petrolero. En el análisis de estos tres momentos veremos como (en todos ellos) los intereses de las empresas internacionales y los intereses de las burguesías nacionalistas libran una fuerte batalla por la conducción del proceso de capitalización en la región.

3.- La tritonalidad de la voz burgués-capitalista. En este acápite trataremos de 1) localizar a los sujetos encargados de la enunciación en el proyecto y, 2) analizar su interacción conflictiva. Nuestro propósito consiste en señalar la pluralidad discursiva, así como la multiplicidad de intereses que se entreteje al interior de un mismo proyecto social. Como veremos más adelante, tanto la discursividad, cuanto la empresa del sujeto metropolitano, por ejemplo, son distintas y hasta contradictorias a las del sujeto serrano; del mismo modo, los intereses de este último se hallan muchas veces en oposición abierta a los del sujeto costeño. Por otro lado, notaremos que al interior del sujeto capitalista costeño como del sujeto capitalista serrano coexisten conflictivamente dos perspectivas de desarrollo: una internacional y otra nacional. Poner en discusión el carácter heteróclito del sujeto burgués-capitalista en la región es la tarea de este numeral.

4.- Límites y alcances del proyecto oligárquico burgués. Al final trataremos de hacer un balance, tanto de las perspectivas que el proyecto abrió en la región, cuanto de sus límites expansivos reales. Por un lado, el carácter profundamente dependiente del capitalismo en la periferia, por otro, la complicidad de la burguesía con la aristocracia terrateniente,

imposibilitaron e imposibilitan el crecimiento del proyecto en lo económico. En lo normativo, a su vez, la incapacidad consensual entre los tres discursos burgueses, así como la exclusión radical del campesinado serrano de los planes organizativos, van a terminar erosionando el proyecto desde adentro.

Una aclaración última: por ser el proyecto oligárquico burgués, como ya lo dijimos, el más investigado en la región, este capítulo va a ocuparse únicamente de presentar un somero resumen de lo *déjà vu*. Señalar algunas novedades que creemos observar en la dinámica de su desarrollo será nuestra única pretensión. Su presencia en este estudio, sin embargo, es absolutamente indispensable, ya que, sin él, se perdería la dimensión cuatripartita de nuestra tesis central y, también, uno de los ejes fundamentales de la heterogeneidad andino-americana.

PRIMERA PARTE

LA VOZ CAPITALISTA EN EL MUNDO ANDINO Y EN LA PRODUCCION INDIGENISTA

Es muy sabido que el capitalismo en la periferia no fue (tampoco es) un proceso autógeno ni autónomo. Su apareamiento en nuestros países está íntimamente ligado a la necesidad que el centro del proyecto tenía por expandir su campo de acción y por proveerse de insumos y riquezas para su desarrollo. Desde el inicio, entonces, el capitalismo fue extraño e incómodo en su periferia. De ahí que su voz, su discursividad y sus sujetos hayan ingresado también de modo raro, destructivo y marginal.

Los textos de la literatura indigenista reconstruyeron la primera presencia del proyecto capitalista en la periferia desde el miedo que la mayoría de los hombres americanos sintieron con la llegada de esa fuerza externa y destructiva. La figura bajo la cual se lo representó fue la de los consorcios extranjeros. Su reconstrucción, sin embargo, no se la hizo desde los efectos económicos que el ingreso del capitalismo produjo en la periferia (efectos que por sí solos ya son desastrosos), sino desde la destrucción brutal y violenta que el mundo normativo feudal y

comunal sufrieron con su llegada. La desestructuración cultural que engendró su ingreso en la América Andina fue de tal magnitud que llevó a uno de los afectados a decir con envidiable precisión: “*los gringos nos vienen a comer para siempre*”.¹

El capitalismo tiene ese rostro destructivo en los Andes, porque el Indigenismo, contrario a lo que hicieron los apologistas del proyecto, lo vio desde los ojos de las víctimas y no de los victimarios. Esto no significa, de ninguna manera, que los capitalistas hayan sido satanizados o teatralizados por el Indigenismo, sino que este pensamiento, como ningún otro, pudo ver los costos humanos y culturales que acarrearía la implantación de esta nueva realidad económica en una región cuya dinámica interna no la necesitaba. De ahí que en la mirada feudal-católica de la aristocracia terrateniente, como en la comunal-mítica de los indígenas, el pragmatismo funcional del capitalismo trajera sólo destructividad y muerte.

Aún así, quizá es el Indigenismo (irónicamente) el único discurso donde -y de manera muy clara- se pueden visualizar las estructuras que impidieron la realización de ciertos programas resueltamente democráticos de algunos capitalistas. Más adelante veremos, por ejemplo, como los sueños modernizantes y nacionalistas del capitalista serrano Fermín Aragón de Peralta se ven truncados, entre otras cosas, por ser contrarios a los intereses del capitalismo metropolitano. El indigenismo literario comprendió a cabalidad las dificultades que enfrentaba un proyecto económico que (por ser externo al mundo andino) estaba desde su inicio en contradicción abierta con los intereses de la mayoría de los pobladores andinos, es decir, un proyecto que nació condenado al fracaso.²

Por otro lado, la literatura indigenista captó con asombrosa transparencia los procesos de asimilación y traducción del discurso capitalista hechos por las incipientes burguesías nacionales. Basados en las obras literarias del Indigenismo intentaremos trazar un mapa histórico que nos permita advertir la transformación de la enunciación capitalista hecha por la oligarquía y la burguesía costeñas y luego por la oligarquía y la burguesía serrana³. Como resultado de los procesos traductivos tenemos, al final, tres discursos distintos y

¹ Arguedas, José María, *Todas las sangres*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1964, pág. 249.

² Hay que señalar que el fracaso tiene que ver sólo con el proyecto capitalista en la periferia. Como trataremos de demostrar, su escuálida existencia es, sin embargo, funcional al desarrollo del capitalismo en el centro. Es decir, que el fracaso es de la burguesía regional, pero no de la mundial.

³ Más abajo toparemos con detenimiento la diferencia entre *oligarquía* y *burguesía*.

contradictorios: 1) el periférico, 2) el costeño y, 3) el serrano. Y, al interior de los dos últimos, dos tendencias: la nacional y la internacional.

LA OBRA

La presencia del capitalismo -en sus tres variantes- está desperdigada en toda la obra poética icaciana y arguediana. Sin embargo, es en *Todas las sangres* donde el novelista peruano tematiza de modo muy amplio el variopinto mundo del proyecto oligárquico burgués. Esta ambiciosa novela será, pues, el soporte de nuestro estudio. Esporádicamente recurriremos a otros textos, sobre todo a *Huasipungo* y a *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

Todas las sangres nos cuenta tres historias intrincadas entre sí: la de la familia terrateniente Aragón de Peralta; la del pueblo de San Pedro de Lahuaymarca; y, la de la compañía norteamericana Wisther and Bozart. El eje narrativo del relato lo constituye el ingreso de la compañía extranjera para la explotación de una mina aurífera en el pueblo de San Pedro. La empresa norteamericana aparece en el relato de modo anónimo, sus intereses nunca son expresados por sus propios hacedores sino que son representados por individuos intermedios que, trabajando para la compañía, no encarnan su verdadera dinámica. Al principio es el ingeniero Cabrejos Seminario el representante de la Wisther and Bozart en la sierra andina, luego de su muerte será otro ingeniero, Velazco, el encargado de continuar con la explotación minera.

Por otro lado, en el agro serrano el terrateniente Fermín Aragón de Peralta (propietario de la mina) muy convencido, tanto de los beneficios que brinda el sistema capitalista, cuanto de los peligros que trae consigo el capital extranjero, desea implementar este modelo productivo pero con una estructura nacional. Su intención es clara: dotar al Perú de una base económica industrial propia para que desde ahí se vaya transformando la vida feudal y comunal del país en una economía capitalista nacional.

Los proyectos de Fermín se complican no sólo porque el mundo terrateniente y comunitario andino se le enfrenta (en la figura de su hermano el católico Bruno y en la del comunero Rendón Willka), sino y sobre todo porque los intereses del capital extranjero, como de las oligarquías regionales, estaban encaminados a desarticular cualquier intento de

construcción autónoma. Al final de la novela asistimos a la consolidación definitiva del proyecto económico representado por la empresa extranjera, es decir, a la desconstitución de las estructuras económico-sociales propias del comunitarismo y el feudalismo y a la consolidación de ciertos sujetos que representan los intereses de la compañía minera, pero de ningún modo los de todo el cuerpo nacional. La Wisther and Bozart conjuntamente con su clientela oligárquica, entonces, desarticula las estructuras económicas y normativas de la región para, en su desarticulación, operacionalizarlas en el cumplimiento de sus intereses. No se asiste, como se nota, a la desaparición de un *ethos* cultural y su reemplazo por otro (cosa que ocurrió, por ejemplo, en Europa y Norteamérica), sino a la destrucción del primero por el ingreso de la estrategia económica (no cultural ni política) del segundo. Al final tenemos un mundo cultural en implosión asentado sobre una economía capitalista, o, para decirlo con Marx, una base económica pseudo-capitalista con una superestructura cultural feudal-comunitarista en desarticulación.

Otros personajes son de interés en el relato. Bruno Aragón de Peralta, hermano de Fermín, es el representante del feudalismo católico de corte colonial. El es el individuo que se empeña en seguir manteniendo las relaciones de servidumbre y peonaje en el agro. Su empresa la respalda con una mezcla moral católico-naturalista que pretende resguardar, tanto los valores panteístas de los indígenas, cuanto los señoriales de la vieja aristocracia. Sus intensas luchas tienen varios frentes: 1) su propio hermano, 2) los capitalistas de la costa, 3) los indígenas amestizados y 4) la oligarquía local. A pesar de los propósitos humanitarios de su visión su estrategia social es romántica y retrograda. Sus disputas no van dirigidas ni a la destrucción de los *invasores extranjeros* ni a la afirmación creativa de los proyectos regionales, sino más bien a una satanización del capitalismo en todas sus formas y a la afirmación indiferenciada del *status quo* feudal.

Adalberto Cisneros, por el contrario, es el oligarca de nuevo cuño; su habilidad en el mundo de los negocios le ha granjeado una considerable fortuna. Sus objetivos principales son: a) arruinar a la vieja aristocracia, b) comprar sus tierras, c) explotar a los indígenas y, a través de todo esto, d) acceder a la cúspide social y económica. Todas sus estrategias, sin embargo, son infecundas; la incomprensión de los modales de la aristocracia “de cuna”, así como su rapaz comportamiento económico y social lo van a enclaustrar en lo que verdaderamente es: un indio enriquecido; o en palabras de los aristócratas *tout court*: *el cholo Cisneros*. Ejemplar es aquella escena en la cual el nuevo terrateniente Cisneros pretende

ponerse al mismo nivel del aristócrata Bruno Aragón, este último aclara al propio Cisneros su lugar en el mundo, leamos:

-Usted es indio, señor Cisneros (...) ¿No se mira en el espejo?

(...)

-Nosotros los caballeros, sabemos lo que hacemos. Estamos enterados de lo que ocurre en nuestras pertenencias, con nuestros indios. Y cumplimos la santa voluntad de Dios...⁴

El cholo Cisneros, sin embargo, se avizora como el representante del nuevo sujeto social que va a trastocar, no sólo las relaciones productivas de la vida serrana, sino las viejas normas paternalistas de la aristocracia tradicional y de la naciente burguesía nacional. Al final de este capítulo veremos como el proyecto oligárquico de Cisneros será el que determina el desarrollo del capitalismo en la región.

El Zar, por último, encarna los intereses de la oligarquía costeña. Es aquel ser todopoderoso que maneja a su antojo los hilos de la política y la economía en el litoral. Su poder social se sustenta en la conducción de las transacciones comerciales y financieras que mantienen las compañías extranjeras con los estados periféricos. La movilidad que le caracteriza se debe al carácter versátil propio del capitalismo financiero, de ahí que su poder sea mucho más influyente que el del propio Estado. “*El Perú* [comenta con acierto un personaje] *es para él y sus consejeros un campo de negocios, más garantizado cuanto más primitivo*”⁵. *El Zar* es en la costa lo que Cisneros representa en la sierra. Siendo su finalidad la misma, *el zar* entiende a Cisneros sólo como una pieza en la extensión de su poder grupal o incluso hasta personal. Del mismo modo, *el zar* es a su vez una de las piezas menores que permite reproducir los intereses de las empresas internacionales en las economías capitalistas periféricas.

Los arriba nombrados, sin ser todos los personajes importantes en la novela -por afuera quedan, por ejemplo: Rendón Willka (representante de cierta modernidad andina) o Felipe Maywa (la voz del comunitarismo indígena)- son los más significativos para nuestro

⁴ Arguedas, José María, *ibidem.*, pág. 209.

⁵ *Ibidem.*, pág. 366.

estudio. Por ser nuestra intención principal el análisis del capitalismo en la periferia, tanto Willka como Maywa quedan excluidos de nuestra reflexión. En los intereses materiales y discursivos de Fermín y Bruno; de la Winther y Cabrejos; del Zar y Cisneros, por el contrario, si podremos leer la compleja polaridad del proyecto oligárquico burgués.

SEGUNDA PARTE

LA RAZON SOCIO-ECONOMICA DEL PROYECTO OLIGARQUICO BURGUES

Si bien es cierto que el capitalismo es un producto de la conquista y la colonización de América Latina, es decir, que nuestro continente nace conjuntamente con el capitalismo;⁶ no es menos cierto que su inserción global y definitiva se inició, por lo menos en la Región Andina, desde mediados del siglo XIX. Fueron las necesidades de la industria en los centros del capitalismo mundial las que hicieron de nuestros países focos productores y exportadores de materias primas. Este nuevo estatuto otorgando a nuestra geografía en la división internacional del trabajo impulsó, considerablemente, el ingreso y la expansión del mundo capitalista en la región. Para nuestro estudio queremos dividir el ingreso y el desarrollo del capitalismo en la América Andina en tres períodos expansivos. El primer período se caracteriza por la instauración de economías productoras de frutas tropicales (cacao, café, caña de azúcar) y extractoras de fertilizantes orgánicos (guano y salitre). El segundo período se identifica con la extensión de la frontera agrícola (banano) y de la industria pesquera (harina de pescado). El tercer período, finalmente, tiene que ver con la explotación de hidrocarburos (gas natural y petróleo).

⁶ Con toda precisión señalan Marx y Engels en *El Manifiesto* que: “*Die Entdeckung Amerikas, die Umschiffung Afrikas schufen der aufkommenden Bourgeoisie ein neues Terrain. Der ostindische und chinesische Markt, die Kolonisierung von Amerika, der Austausch mit den Kolonien, die Vermehrung der Tauschmittel und die Waren überhaupt gaben dem Handel, der Schifffahrt, der Industrie einen nie gekannten Aufschwung und damit den revolutionären Elementen in der zerfallenden feudalen Gesellschaft eine rasche Entwicklung*”. Años más tarde y con mucha más claridad Marx volverá a referir al tema así: *Es unterliegt keinem Zweifel -und gerade diese Tatsache hat ganz falsche Anschauungen erzeugt-, dass im 16. und im 17. Jahrhundert die Großen Revolutionen, die mit geographischen Entdeckungen im Handeln vorgingen und die Entwicklung des Kaufmannskapitals rasch steigerten, ein Hauptmoment bilden in der Förderung des Übergangs der feudalen Produktionsweise in die kapitalistische. Die plötzliche Ausdehnung des Weltmarks, die Vervielfältigung der umlaufenden Waren, der Wetteifer unter den europäischen Nationen, sich der asiatischen Produkte und der amerikanischen Schätze zu bemächtigen, das Kolonialsystem, trugen wesentlich bei zur Sprengung der feudalen Schranken der Produktion. Indes entwickelte sich die moderne Produktionsweise, in ihrer ersten Periode, der Manufakturperiode, nur da, wo die Bedingungen dafür sich innerhalb des Mittelalters erzeugt hatten.*” (Marx, K. Engels, F., *Manifest der kommunistischen Partei*, Dietz Verlag, Berlin, 1977, pág 11. Marx Karl, *Das Kapital*, Dietz Verlag, Berlin, 1966, tom. 3, pág. 345.)

Primer Período.

La demanda creciente de frutas para el mercado mundial hizo que, para fines del siglo XIX, el cacao se convirtiera en el principal producto de exportación en el Ecuador y que este país pasara a ser el más grande productor de cacao en el mundo. Los cultivos de la “pepa de oro” experimentaron un crecimiento inusitado a lo largo de ese siglo, crecimiento que tuvo su correlato en una ampliación sin precedentes de la economía ecuatoriana. Auge económico que posibilitó, entre otras cosas, la ampliación de las importaciones, de las exportaciones y del comercio; el incremento de la urbanidad y de la población porteña, etc. El fenómeno expansivo o “boom cacaotero” como se lo suele llamar, involucró sobre todo a la costa ecuatoriana repercutiendo indirectamente en la economía de las regiones andinas. Haciendo una recapitulación histórica del período Enrique Ayala Mora correctamente afirma:

La costa tuvo mucho menos importancia económica y social que la sierra. Prevalció en ella la pequeña propiedad, junto a la que se encontraban las tierras comunales pertenecientes a las comunidades indígenas que lograron sobrevivir a las luchas, enfermedades y trabajos forzados. Cuando las reformas borbónicas del siglo XVIII levantaron las antiguas prohibiciones, las exportaciones de cacao y otros productos tropicales experimentaron un notable incremento. De este modo fue creciendo y consolidándose un grupo de latifundistas y comerciantes asentados en Guayaquil.⁷

Lo que para el Ecuador representó el “boom cacaotero”, fue para el Perú “el período del guano y del salitre”. A pesar de que el Perú, para esa época, también incursionó con productos agrícolas al mercado mundial, la particularidad de su geografía hizo que la extracción del guano y del salitre se constituyera en el vínculo principal que articuló, económicamente, a este país con el capitalismo mundial. Mariátegui caracterizando este período escribe lo siguiente:

La fácil explotación de este recurso natural -guano y salitre- dominó todas las otras manifestaciones de la vida económica del país. El guano y el salitre ocuparon un puesto desmesurado en la economía peruana. Sus rendimientos se convirtieron en la principal renta fiscal (...) El guano y el salitre, ante todo, cumplieron la función de crear un atractivo tráfico con el mundo occidental en un período en que el Perú, mal situado geográficamente, no disponía

⁷ Ayala Mora, Enrique, *Historia de la revolución liberal ecuatoriana*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1994, págs. 16-17.

de grandes medios de atraer a su suelo las corrientes colonizadoras y civilizadoras que fecundaban ya otros países de la América indo-ibérica. Este tráfico colocó nuestra economía bajo el control del capital británico al cual, a consecuencias de las deudas contraídas con la garantía de ambos productos, debíamos entregar más tarde la administración de los ferrocarriles, esto es, de los resortes mismos de la exportación de nuestros recursos (...) Las utilidades del guano y el salitre crearon en el Perú, donde la propiedad había conservado hasta entonces un carácter aristocrático y feudal, los primeros elementos sólidos de capital comercial y bancario. Los **profiteurs** directos e indirectos de las riquezas del litoral empezaron a constituir una clase capitalista. Se formó en el Perú una burguesía confundida y enlazada en su origen y su estructura con la aristocracia, formada principalmente por los sucesores de los encomenderos y terratenientes de la colonia pero obligada por su función a adoptar los principios fundamentales de la economía y la política liberales.⁸

La era del “guano y el salitre” se extendió desde los años cuarenta para toparse fin en los años ochenta del siglo XIX, es decir, la incursión peruana al mercado mundial fue mucho más temprana que la ecuatoriana. Para mediados del XIX el Perú no sólo era el principal exportador de guano del mundo, sino que el Estado había trasladado las concesiones para su comercialización a comerciantes peruanos permitiendo la conformación de una interesante burguesía comercial con importantes cantidades de capital y con un cierto espíritu nacional. Además de estas transformaciones económicas de tipo capitalista, por ser el guano un recurso del Estado, las utilidades de su exportación abultaban directamente las cajas fiscales, lo que permitía al Perú disfrutar de una saludable y creciente economía

Cosa similar sucedió en el Ecuador de la mano de las exportaciones cacaoteras. Para fines del siglo XIX en la región litoral, sobre todo en la cuenca del Guayas, se había creado una economía proto-capitalista. De las grandes ganancias que dispuso la nueva clase social, una considerable cantidad fluyó hacia la cimentación de una infraestructura industrial precaria y hacia la edificación de la naciente banca. Como correlato a este primer desarrollo capitalista en la región se dio aquello que los historiadores han denominado “Revoluciones Liberales”, es decir, todas esas transformaciones socio-culturales y políticas que pretendían hacer de nuestros países sociedades democrático-burguesas.

⁸ Mariátegui, José Carlos, op. cit. págs. 21-22.

En el caso peruano las transformaciones se fueron haciendo de modo paulatino, sobre todo, con el ingreso de los Civilistas, en 1872, al aparato estatal. La política de Manuel Pardo introdujo en la vida peruana reformas de corte democrático, como por ejemplo: la abolición de la esclavitud y del impuesto indígena. Para esta época hubo también en el Perú una gran movilidad social, sobre todo, de los estamentos oprimidos. Sin embargo, esta movilidad libertaria no se debió directamente a la dinámica que produjeran las exportaciones de guano y salitre, ni tampoco a la voluntad política de la naciente burguesía, sino, más bien, a los avatares que trajera consigo la Guerra del Pacífico. Heraclio Bonilla compendia este período de la siguiente manera:

Al igual que los chinos y negros, los indios de la serranías andinas constituían el segmento más explotado de la sociedad rural. Como comuneros, como siervos, o como jornaleros agrícolas ellos generaban el excedente económico o brindaban la fuerza de trabajo necesarios al sometimiento y a la reproducción del sistema de reproducción regional. La profunda segmentación de esta población en diferentes unidades productivas había facilitado hasta aquel momento su control por la clase dirigente. Pero ahora la guerra [del Pacífico 1879-1884] no sólo dislocó estos lazos de poder y control sino que estimuló la movilización de los indios. En efecto, la expoliación en contra de la población campesina en cada una de las correrías del ejército chileno, el arrasamiento de los pueblos, los cupos de guerra impuestos, la destrucción de sembríos, la confiscación de ganado y bienes agravaron indudablemente la condición económica de esta población. Estos hechos actuaron como fulminantes adicionales para desencadenar y sostener su rebelión. Pero había más. La defensa del país iniciada por Cáceres militarizó a los campesinos. Y estas armas no solo estuvieron dirigidas contra los chilenos sino que, naturalmente, se volvieron también contra sus más antiguos y directos opresores.⁹

De igual modo en el Ecuador, pero algunas décadas después, el importante crecimiento en las exportaciones de frutas tropicales, produjo, colateralmente, el surgimiento de un grupo de comerciantes que fue introduciendo paulatinamente ideas modernizantes de tipo burgués al país. Sin embargo, condiciones propias del desarrollo capitalista en el Ecuador, van a llevar a que el ideario liberar se convierta en una auténtica revolución. Gesta libertaria que se inicio con las protestas montoneras del campesinado costeño y que terminó con la toma del poder por los liberales en la figura de Eloy Alfaro. Esta fue la primera vez que la aristocracia terrateniente cedía la conducción del Estado a la burguesía liberal.

⁹ Bonilla, Heraclio, op. cit., págs. 248-249.

La serie de transformaciones democráticas introducidas por esta primera burguesía andina son resumidas por Rafael Quintero y Erika Silva en los siguientes términos:

La importancia de la Revolución Liberal iniciada en 1850 radica en que no sólo permitió la organización de un gobierno burgués, sino que permitió la formación de un estado burgués y de una sociedad burguesa, fenómenos que se manifestaron en la formación de algunas empresas; la repartición de la tierra a los nuevos dominadores; la expansión de los derechos políticos; la abolición de la prisión por deuda, el trabajo subsidiario y la contribución territorial; la eliminación de los fueros y la pena de muerte; el establecimiento del matrimonio civil y el divorcio; el reconocimiento de la libertad religiosa; la liberación -si bien formal- de los trabajadores conciertos; la incorporación de los campesinos a las fuerzas armadas; la emancipación del estado de la religión; el otorgamiento de garantías para el enriquecimiento acelerado; la pugna por la sustitución del viejo privilegio por el derecho; la organización de artesanos y trabajadores asalariados; el surgimiento de industrias; la expansión del comercio nacional e internacional; la comunicación entre los centros urbanos; el crecimiento de las ciudades convertidas de repente en centros culturales y financieros nacionales; la emisión de nuevos códigos; el surgimiento de nuevas instituciones educativas laicas; la eliminación de nuevos impuestos, todos ellos elocuentes emisarios del paso a nuevas formas de vida social.”¹⁰

Esta primera ola expansiva del capitalismo (que se cierra a mediados del siglo XX) a pesar de las grandes transformaciones que trajo consigo, no dejó de ser un movimiento regional. Si fue verdad que la Revolución Liberal convirtió a la región litoral de nuestra geografía (o con exactitud a las ciudades-puertos) en sociedades con muchos rasgos democrático-burgueses; no deja de ser otra verdad que todo el movimiento restaurador no llegó más allá de los estribos de la cordillera occidental andina. La región serrana de nuestros países vivió, de modo desapercibido, las montoneras liberales. A pesar de la movilidad social que en realidad produjo la gesta revolucionaria, las estructuras económicas y culturales del feudalismo y del comunitarismo andinos permanecieron intocadas. Hecho sintomático y simbólico a la vez de este proceso fue la incineración pública de la máxima figura de liberalismo andino: Eloy Alfaro. La aristocracia terrateniente de viejo cuño en contubernio con la Iglesia y la nobleza citadina arrastraron y quemaron en el centro del feudalismo andino -la ciudad de Quito- tanto al *viejo luchador*, cuanto a los intereses y proyectos de la burguesía costeña. Con el retorno del poder estatal a la aristocracia terrateniente asistimos a la primera derrota de un proyecto genuinamente democrático.

¹⁰ Quintero, R. Silva, E., *Ecuador una Nación en ciernes*, Ed. Universitaria, Quito, 1995, tom I, pág. 306.

Segundo Período.

Para las décadas de los cuarenta y cincuenta los países capitalistas centrales involucrados en la Segunda Guerra Mundial elevaron como nunca antes la demanda de materias primas y productos alimenticios. Este proceso posibilitó que nuestras economías experimentaran un nuevo ciclo comercial expansivo que, sin embargo, en sus características principales fue sólo una continuación y ampliación de la primera oligarquización del agro. *“Para revelar la situación económica y financiera del Ecuador en esos años [señalan Quintero y Silva] vale recordar algunas cifras que envolvían de entusiasmo a los visionarios de la ‘por fin llegada prosperidad ecuatoriana’. Entre 1940 y 1952, las exportaciones se elevaron de 10 a 79 millones de dólares, mientras las importaciones subieron de 11 a 56 millones de dólares, en números redondos. El medio circulante ascendió de 174 millones a diciembre de 1940 hasta más de mil millones de sucres a diciembre de 1952. La reserva monetaria evolucionó de 79 millones a 591 millones de sucres para el mismo período de 12 años, llegando a ser en 1952 la más alta de la historia financiera del país...”*¹¹

Mencionada prosperidad tuvo su razón de ser en el así denominado “boom bananero”. La producción y exportación de banano iniciada en 1948 extendió los cultivos de la fruta por casi toda la costa ecuatoriana. Poco a poco se fue creando una creciente demanda de fuerza de trabajo asalariada que fue cubierta, como en la experiencia cacaotera, con indígenas serranos. El crecimiento económico del Ecuador representó la intensificación del proyecto oligárquico modernizador; nuevamente la burguesía comercial volvió a jugar un papel determinante en los procesos de 1) importación de bienes de capital y productos suntuarios, 2) en la exportación y comercialización del banano, 3) en el crecimiento del aparato estatal, 4) en la formación de nuevas industrias livianas y, 5) en la propagación de un discurso democrático y modernizador. Sin olvidar que el movimiento modernizante fue mucho más significativo que en el período cacaotero, vale recordar que el sector agro-exportador siguió manteniendo el control económico y político del país y que este proceso se dio, nuevamente y de manera restringida, en la costa ecuatoriana. En las regiones andinas, sin desmerecer ciertos cambios, los réditos del banano no pusieron en peligro el régimen aristocrático y comunal. Las diferencias estructurales entre las ciudades de Quito y Guayaquil de la época reflejan claramente los polos en que se vivía.

¹¹ Ibidem., tom II, pág. 8.

En el caso peruano, luego de un proceso de reactivación económica¹² en las primeras décadas del siglo XX, fue la producción pesquera, desde la década del cincuenta, la encargada de reinsertar a la economía peruana al mercado mundial. El período pesquero tuvo consecuencias mucho más notorias que el abonero. Thorp y Bertram recuerdan aquellos años así:

By the mid-1960s, however, fish products had come the leading export sector, accounting for between 25 and 30 per cent of total export earnings. Peru had become the world's leading fishing nation in terms of volume with 18 per cent of the total world fish catch in 1964, and was producing around 40 per cent of the total world supply of fishmeal (used in the burgeoning animal-feed industry). The meteoric rise of the sector (...) which bring out three major points: first, that the growth of the fishing sector until the middle of the 1950s was spear-headed by the production of edible fish products, especially canned fish; second, that the takeoff of fishmeal came in the second half of the 1950s with growth continuing at a gradually-decreasing rate until 1970-1 when the peak was reached, and third, that after 1971 there was a dramatic decline in catches and production resulting from ecological problems. The three phases of industry's history corresponding to these trends, were: the establishment of the pioneering ventures up to 1955; the epic years of the fishing boom from 1956 into the 1960s; and the crises of excess capacity and overfishing which overtook the sector in the early 1970s culminating in expropriation of all the private producers in 1973.¹³

La producción pesquera peruana gracias a su variedad -pescado, harina de pescado, aceite de pescado, espermatozoides de ballena, enlatados- y a su carácter industrial produjo fenómenos modernizantes mucho más acentuados y desplazamientos poblacionales muy significativos que en el Ecuador. Para el caso de Chimbote, por ejemplo, de 10.000 trabajadores en 1958 se pasó a 30.000 para 1962, estos nuevos obreros fueron, sobre todo, inmigrantes indígenas de los Andes centrales del Perú. "El número de fábricas [informa Margarita Guerra] también se elevó considerablemente. Las de pescado congelado llegaron a 11; las de harina de pescado a 65; las de enlatados a 62 y las de aceites a 47, al terminar la década de los años 50".¹⁴

¹² Esta reactivación económica tuvo que ver con el incremento de las exportaciones de azúcar, algodón y algunos minerales.

¹³ Thorp, Rosemary and Bertram, Geoffrey, *Peru 1890-1977 Growth and Policy in an open economy*, the Macmillan Press LTD, London, 1978, págs. 242-243.

¹⁴ Guerra, Margarita, *Historia general del Perú*, Ed. Brasa SA, Lima, 1994, tom 9, pág. 230.

La segunda instancia de consolidación del mercado mundial en las economías andinas está marcada por algunos hechos determinantes:

- a) La transformación de los EEUU en el nuevo centro importador y exportador de la región. Hasta la década del cuarenta este puesto lo había ocupado Inglaterra y en menor grado otros países europeos. Eje de esta transformación fueron, por un lado, las políticas de apertura que los gobiernos de turno prestaron a distintas compañías norteamericanas como la célebre *United Fruit* y, por el otro, el descalabro de las economías europeas como consecuencia de la guerra,
- b) La transformación del Perú en una “república harinera” y del Ecuador en una “república bananera”; procesos que trajeron consigo la extensión de la frontera agrícola, el crecimiento de campesinos (Ecuador) y de los obreros asalariados (Perú) y la intensificación del monocultivo y/o la mono-producción; “...en las exportaciones totales del Ecuador entre 1937 y 1958 el peso relativo del banano salta de un bajo 4% a un predominante 36%”¹⁵ y en el Perú “la producción pesquera [que] en 1948 alcanzó sólo 6.441,8 Tn. (.....) en 1955 ascendió a 52.659 Tn”.¹⁶
- c) La ampliación de industrias destinadas a abastecer el mercado interno y su concentración en los centros urbanos importantes: Quito, Guayaquil y Lima. Para los años cincuenta estos países contaban con industrias procesadoras de caña, café, harina, textiles, cervezas, cemento, calzado, papel, cartón, productos alimenticios, vestido e industria química. Como se nota, la exigua industria desarrollada en estos años constituía, en su totalidad, industria productora de bienes de consumo, industria enlazada estructuralmente a los centros capitalistas quienes la proveían de bienes de capital para su funcionamiento y reproducción,
- d) El desplazamiento significativo de la mano de obra indígenas hacia las regiones litorales, lo que permitió el crecimiento de la clase media y los obreros fabriles y agrícolas; y,
- e) El fortalecimiento del aparato estatal, las instituciones racionalizadoras, el discurso liberal y la vida ciudadana.

¹⁵ Quinterno, R. Silva, E., op. cit., pág. 10.

¹⁶ Guerra, Margarita, op. cit., pág. 219.

Sin embargo, para este período, lo mismo que para los anteriores, la economía seguirá regida por los terratenientes y en menor grado por los comerciantes importadores y exportadores. La burguesía no podrá establecer un plan de desarrollo propio, el poder de esta clase continuará ligado al comercio y no a la industria. *“El añorado desarrollo nacional autónomo -apunta Agustín Cueva refiriéndose a este período- no fue, en efecto, más que una quimera. La economía latinoamericana no logró desarrollar un mecanismo autónomo de acumulación, puesto que ésta siguió dependiendo en última instancia de la dinámica del sector privado exportador y de sus avatares en el mercado internacional. Y la industrialización misma se desarrolló ‘por arriba’, en lugar de comenzar por los cimientos. Pese a todos los avances logrados en este período, es evidente que el sector productor de bienes de producción siguió siendo el pariente pobre del proceso¹⁷; su raquitismo puso a toda la industrialización a merced de la capacidad de importar maquinaria y equipos e impidió que se realizara una acumulación tecnológica realmente significativa. En el agro (...) tampoco se produjo un desarrollo de las fuerzas productivas de magnitud; la vieja estructura latifundista lo impedía, por lo demás”¹⁸*

En este segundo período de oligarquización, como consecuencia de la ampliación de la industria, del aparato estatal, del sector de bienes y servicios, va a formarse en las ciudades una significativa capa media conformada en su gran mayoría por indígenas inmigrantes en su segunda y hasta tercera generación. Estos nuevos habitantes de las urbes a pesar de estar articulados mayormente a una economía capitalista y a un estado burgués oligárquico no van a entenderse ni como obreros ni como empleados públicos, sino que van a asumirse como mestizos, es decir, desde una perspectiva cultural y en muchos casos hasta racial. En el capítulo siguiente veremos las consecuencias trágicas que este *desplazamiento identitario* trajo consigo.

Tercer Período.

Ya en las décadas del cuarenta y del cincuenta las exportaciones petroleras dejaron sentir su fortaleza, sin embargo, sólo será para los años sesenta y setenta que el petróleo se constituya en el eje económico del proyecto burgués.

¹⁷ El análisis de Cueva contempla procesos que se dieron principalmente en México, Brasil y Argentina, por lo que es necesario recordar que para este período en la Región Andina el sector uno de la economía no era sólo raquíco sino absolutamente inexistente.

¹⁸ Cueva, Agustín, op. cit., 1977, pág. 193.

La renta petrolera fue de tal magnitud en esa época que logró extender la industria y la banca por gran parte del territorio nacional. Paralelamente a este proceso se fueron creando y ampliando las instituciones y prácticas racionalizadoras (en el sentido weberiano del término). El crecimiento inusitado de la industria de bienes de consumo, sobre todo, creó en pocos años una considerable población obrera y un grupo, también importante, de nuevos industriales. El naciente capital industrial se fusionó con el comercial y fueron consolidando (en la costa) y creando (en la sierra) el capital financiero. La gran capacidad de acumulación de los países permitió, por otro lado, que las inversiones y los empréstitos internacionales no se hicieran esperar. Es, irónicamente, este auge económico excepcional el que posibilitó el tristemente célebre endeudamiento externo, el mismo que, sea dicho de paso, en la última década absorbió el 45% del PIB nacional.¹⁹ Alberto Acosta describe, para el caso ecuatoriano, el endeudamiento económico de la época petrolera así: “*En dicha década [la de los sesentas] la inversión extranjera directa experimentó un crecimiento sumamente acelerado, de 69, 6 millones de dólares en 1963 a 187,5 millones en 1969. Para 1973 este valor superó los 570 millones y en 1978 -ya en pleno fervor petrolero- llegaría a 806 millones*”. Semejantes tasas de endeudamiento son la contraparte lógica de un crecimiento económico exuberante impulsado por las exportaciones petroleras, veamos: “*gracias a la bonanza que produjo el petróleo [continúa Acosta] el PIB creció de 1972 a 1981 con una tasa promedio anual del 8%, con índices espectaculares para algunos años, en particular para la industria, que se incrementó en un 10% promedio anual, mientras que el producto por habitante aumentó de 260 dólares en 1970 a 1668 dólares en 1981.*”²⁰

Todos estos fenómenos económicos van a potenciar el crecimiento de la vida industrial urbana. En la región litoral se fueron acentuando y consolidando, no sólo el aparato estatal y la infraestructura productiva propia de este proyecto, sino que también se fue desarrollando un *ethos* político y cultural conforme a los intereses de la burguesía. Del mismo modo, en las sierras andinas la vida semi-feudal de la mayoría de sus ciudades fue adquiriendo poco a poco el tono cosmopolita de las urbes burguesas modernas. Sin embargo, en las regiones rurales de la geografía regional (las cuales no son despreciables) el *ethos* burgués capitalista siguió siendo extraño. La vida como de costumbre continuó reproduciéndose bajo formas culturales y económicas feudalizantes. Finalmente, huelga recordar que en las mismas ciudades (esto trataremos de demostrarlo más adelante) las

¹⁹ En el año 2001 representó incluso más del 70% del presupuesto nacional ecuatoriano.

²⁰ Acosta, Alberto, *Breve historia económica del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1995, pág. 98.

prácticas racionalizadoras adquirieron un sentido social aristocratizante, es decir, que en vez de igualar a los hombres en lo político y lo social sirvieron para estamentarlos nuevamente.

Los límites del período petrolero hay que ubicarlos, tanto en la miopía de una burguesía que en vez de fomentar un desarrollo sostenido desde adentro optó por derrochar sin orden ni concierto la riqueza producida por un bien que parecía no tener fin; cuanto en la concesión de los procesos de extracción y comercialización petrolera hecha a empresas extranjeras, las cuales aprovecharon considerablemente de las bondades del “oro negro”.

A lo largo de estos tres procesos se van a formar dos tipos de prácticas y discursos que propician el desarrollo del capitalismo en la periferia. Por un lado una oligarquía ligada fuertemente a la producción, explotación y negociación internacional de estos bienes, cuyo objetivo principal fue el enriquecimiento personal a cualquier costo. Por otro lado una burguesía empatada con la pequeña propiedad agrícola y con el comercio interno y ciudadano, cuyos intereses genuinamente democratizantes no pudieron realizarse porque siempre (esta burguesía) parasitó de la oligarquía y despilfarró en bienes suntuarios toda la riqueza que pudo capitalizarse. A continuación queremos observar la complejidad de estos procesos en el análisis de los sujetos y sus discursos.

TERCERA PARTE

LA TRITONALIDAD DE LA VOZ CAPITALISTA O LOS TRES SUJETOS DE ENUNCIACION

Ya apuntamos más arriba que la voz capitalista es plural, ahora añadimos que su pluralidad se debe a características propias de este proyecto en su periferia. El capitalismo en nuestros países, por su carácter dependiente y extranjero, se vuelve tritonal. Su voz no nace como expresión propia de un grupo de comerciantes enfrentados a los intereses de los terratenientes feudales como sucede en Europa, sino como transplatación de un discurso que no representa la voluntad de los habitantes de la periferia. Llega desde afuera, no nace desde adentro, ese es el misterio de su surgimiento.

Son, pues, tres las voces del capitalismo en la periferia. Una voz o un discurso pertenece a los intereses propios del capitalismo en el centro, es aquella voz externa que hablando desde otro horizonte de significación reconstruye todas las relaciones comunicativas en su periferia, esta voz es producida por el sujeto metropolitano. Otra voz, la segunda, es aquella que sirve de traductora al discurso metropolitano en la región. Es la voz que trata de conciliar los intereses ajenos con los propios para posibilitar la expansión del capitalismo hacia la periferia de la periferia; esta voz es la del sujeto porteño. Finalmente, la tercera voz de este proyecto es la encargada de reproducir y ampliar la discursividad capitalista en las regiones más alejadas de su centro, es la voz que nace del sujeto serrano.

Los tres sujetos perteneciéndose, obviamente, a un mismo proyecto social no son homogéneos ni consensuales, entre ellos, más bien, se producen constantes choques y disputas por la enunciación. A continuación deseamos indagar la propuesta discursiva y los intereses propios de cada una de estas voces.

EL SUJETO METROPOLITANO

La voz metropolitana es por lo general una voz anónima; remitible no a un sujeto sino a una estructura productiva y normativa. Es la voz de las grandes empresas internacionales que desde el siglo XIX fueron poblando poco a poco la geografía andina. Es la voz, por ejemplo, de la empresa maderera en *Huasipungo*, o la voz de la empresa pesquera en *Los zorros*. Son voces que no pueden expresarse directamente porque los sujetos de su enunciación habitan otro mundo y hablan otro idioma; el mundo y el idioma del centro. De ahí que se presenten -voz y sujeto- como inabarcables e incommunicables.

El discurso de los consorcios internacionales, además, como no centra su reproducción al interior de las distintas regiones periféricas, sino en la dinámica del capitalismo mundial, es receptado por los sujetos periféricos como una fuerza irracional y ajena: “*los consorcios no tienen patria* [comenta uno de los afectados] *han superado ese concepto. Sus pertenencias de toda clase, se extienden en los cinco continentes.*” Por ese carácter planetario del sujeto capitalista central es que su proyecto no puede cuajar en los intereses de las periferias y por eso también su discurso termina convirtiéndose en ininteligible: “*ellos no tienen patria fija, sino el negocio; negocio en Africa, aniquilando negros; en Asia, matando amarillos; en Medio Oriente... amamantando reyes que hacen cortar la cabeza de sus súbditos como a*

*carneros. Aunque llevan la civilización, prefieren entenderse con hombres como usted que están dedicados a mantener las antiguas costumbres. No les conviene que la gente tenga ojos. Es mejor que sólo obedezcan y recen.”*²¹

Los intereses del sujeto metropolitano, como se nota, no van encaminados a la transformación normativa de los hombres periféricos, sino a la funcionalización de las economías adyacentes para la reproducción de su propio proyecto. Su presencia, sin embargo, es determinante para el mismo desenvolvimiento de los países periféricos, veamos:

El presidente del directorio de la Wisther and Bozart ocupaba cabecera de la mesa de sesiones del Consorcio. No figuraba entre ellos sino un extranjero.

El presidente, alto, grueso y majestuoso, pronunciaba las últimas palabras de la sesión:

-Hemos constituido, entonces, con la aprobación unánime de los señores miembros del directorio, la compañía Aparcora Mínes. Hemos elegido su personal directivo y aprobado su plan de explotación presentado por el ingeniero Cabrejos Seminario y los pequeños detalles relativos a las facilidades iniciales que en la propia zona de la mina debían conseguirse para que comenzaran los trabajos. El señor ministro ha obtenido ya el decreto de expropiación de las tierras que eran indispensables para la instalación de centrales y el desarrollo de la explotación; era éste, entre los pequeños detalles iniciales, el que requería de nuestra intervención directa; otra, de menor cuantía, se obtuvo al mismo tiempo: la resolución suprema que nos otorga el derecho de usar las aguas del río Lahuamarca conforme a los planes propuestos. Los conflictos que puedan surgir con los indígenas del pueblo de San Pedro serán convenientemente resueltos por el ingeniero Cabrejos, que conoce bien a esos indígenas. El contará con el poder suficiente para enfrentarlos en lo económico y en lo político.

El propósito de la voz metropolitana es reestructurar la economía de los países periféricos de tal modo que facilite la ejecución de su empresa. Para lograrlo establece una serie de mediaciones entre sus intereses y los de los países periféricos, estas mediaciones siempre están dirigidas a que el discurso periférico reacomode sus intereses a los del capitalismo central. Por eso no le importa, a este sujeto, las particularidades de cada país donde opera, sino sólo la apertura y la conexión con los centros productores. *“La empresa está en el Perú, como está en Venezuela, México y Africa: No pueden confundirse sus*

²¹ Arguedas, José María, op. cit., pág. 206.

*intereses con los países donde opera, porque entonces podía incluso ponerse en guerra con ella misma.”*²² Comprueba con mucha lucidez el ingeniero Velazco.²³

Otra característica fundamental del sujeto metropolitano es el uso (funcionalización) de voces locales para su enunciación. Son voces que reproducen los intereses de las empresas internacionales en el lenguaje e intereses de las oligarquías nacionales y hasta locales. Los testafierros del discurso central, a pesar de ser traductores a-críticos del proyecto capitalista metropolitano, poseen una lucidez realmente envidiable, leamos:

“El porvenir nacional, en cuanto significa un método seguro de acrecentar riquezas hasta ahora inexploradas en las selvas del Oriente y sus regiones subtropicales como las del Tomachi, han dado un paso definitivo en el progreso. Por lo que sabemos hasta ahora, parece que los miembros de las sociedades colonizadoras buscan, con toda razón, zonas adecuadas para su establecimiento. Zonas con caminos practicables, clima correcto, cercanía o centros poblados, extensión suficiente de tierras explotables, buena cantidad de ésta, etc., etc. Si vamos a pretender que los colonizadores, por el hecho de ser extranjeros han de venir y penetrar inmediatamente a la mitad de la selva, desposeída de todo auxilio humano, para realizar milagros, persistiremos en un grave daño. Hay que dar a la expansión del capital extranjero todas las comodidades que el requiere -en sus colonias económicas- Así lo exige la inversión de la plusvalía en la acumulación capitalista de las naciones patronas. En el caso actual, ya podrán tener ancho panorama de acción todos los hombres civilizados.”²⁴

El discurso es diáfano, se trata de organizar nuestras economías y nuestras sociedades en función de los intereses del capital extranjero, claro todo esto bajo un discurso desarrollista y civilizador. En el relato arguediano este triste oficio hermenéutico lo cumplen los ingenieros y algunos funcionarios del Estado. Siendo su función determinante para el ingreso del discurso capitalista central en la periferia, los traductores, como personas, les son indiferentes al sujeto metropolitano. Correctamente comenta un pequeño propietario serrano la muerte de una de *las lenguas* de la empresa norteamericana: “*Cabrejos no es la Wisther (...) un sirviente a otro sirviente reemplaza*”.²⁵

²² Ibidem., pág. 387.

²³ Ibidem., pág. 387.

²⁴ Icaza, Jorge, *Huasipungo*, op. cit., págs. 79, 80.

²⁵ Arguedas, José María, *Todas las sangres*, op. cit., pág. 384.

Por otro lado, el discurso metropolitano está tonificado, en la periferia, por su carácter civilizatorio, desarrollista e inevitable. “*Ya vienen los gringos [explica uno de sus traductores]. Ojalá en manos de estos hombres dominadores, de estos hombres que han sabido arrastrar con maestría el carro de la civilización, se compongan estos roscas bandidos, mal amansados.*” La perspectiva civilizadora y educacional producida por el discurso oligárquico periférico es necesariamente asumida, entre la expectativa y la admiración, por la discursiva popular:

Por el pueblo corrió de boca en boca la noticia de la llegada de los señores gringos.

-Traen plata, guambritas.

-A repartir.

-Jajajay.

-Dizque son generosos.

-Ojalá nos saquen de la hambruna que soportamos.

-Dicen que harán mejoras en el pueblo.

-Tenemos que salir al encuentro.

-¿Qué nos darán?

-¿Qué nos traerán?

-Por aquí han de llegar.

-Luchitaaa.

-Madre.

-Barrerás la delantera de la tienda. Esta gente no puede ver la basura.

-Máquinas traen.

-Así dicen.

-Así comentan.

-Más de veinte dice el Jacinto que son.

-Bueno está, pes.

-Traen plata, mama.

-¡Viva los señores gringos!

-¡Vivaaa!

El efecto esperado se produce: los pobladores aceptan de buena gana el discurso y las pretensiones traducidas por las oligarquías, por eso las expectativas por su llegada son extremadamente grandes. Tan eficaz y convincente es el discurso metropolitano, en su traducción oligárquica, que lleva a los pobladores serranos a reorganizar, de antemano, su mundo ético-social, veamos:

Todas las banderas del pueblo adornaron las puertas y las ventanas-costumbre capitalina en los días de la Patria, del Corazón de Jesús y de la Virgen Dolorosa. Las chagras casaderas se peinaron ese día con agua de manzanilla para que se les aclare el pelo y se echaron cintas de colores chillones al pelo y al cuello.

A la hora de la hora todos los habitantes del pueblo se congregaron en la plaza a recibir la buena nueva -el señor cura y el sacristán desde la torre de la iglesia, las mujeres desde las puertas de sus tiendas, desde el corredor abierto al camino de las casas las viejas y los hombres, desde la calle, jinetes en palo o en carrizo, los muchachos.

Sin embargo, y como ya señalamos antes, el discurso del centro no contempla aquella reorganización normativa de los pobladores de la periferia, es decir, no pretende otorgarles otra forma de vida (la civilizada y desarrollista), sino sólo funcionalizar económicamente las regiones límites para hacer viable la reproducción de su proyecto. Y justamente ese mecanismo (sustitución del hecho económico sin sustitución de la normatividad social) funda lo destructivo de su ingreso en la periferia: desorganizar el mundo de vida imperante y no reponerlo por otro, leamos:

Por desgracia, los señores gringos, sin tomar en cuenta la inquietud de la gente y los adornos del pueblo, pasaron a toda marcha en tres automóviles de lujo. Los aplausos, los vivas y la alegría general fueron así decapitados. Entre los vecinos del pueblo quedó sólo el recuerdo.

He ahí la tragedia. El mundo normativo del pueblo queda suspendido entre la desarticulación del *ethos* anterior y la orfandad de uno nuevo. Y si la afirmación última: *sólo quedó un recuerdo*, es una verdad si pensamos en el mundo ético avizorado, no lo es si observamos al mundo económico implantado. El nuevo sistema normativo prometido con la llegada de los gringos queda, en verdad, sólo como un recuerdo, pero su estructura productiva y con ella el abismo de un mundo de vida en destrucción, sí que queda. Leamos lo pavoroso de mencionado fenómeno:

-Yo le vi a un señor de pelo bermejo.

-Bermejo como de un ángel.

-Yo también lo vi.

-Toditos mismos.

-Parecía Taita Dios.

- ¿Cómo serán los guaguas?
 -¿Beberán aguardiente puro?
 -¿Con qué se chumarán?
 -No pararon aquí como pensábamos.
 -No hablaron con nosotros.
 -Como han de hablar, pes, con los pobres chagras.
 -Eso....
 -¿Y qué les hubieras dicho?
 -Yo..
 -¿Qué les hubieras ofrecido?
 -A donde el patrón Alfonso Pereira pasaron derechito.
 Con él sí, pes.
 -El sí tiene como...
 -Todo entre ellos.
 -Todo.²⁶

El ciclo se cierra. El discurso metropolitano termina siendo tan inatrapable e incommunicable como en su inicio (*no hablaron con nosotros, ¿y que les hubieras dicho?*). Sin embargo, las cosas no permanecen como estaban, el ingreso de este nuevo sujeto es recuperado -desde la imposibilidad- en su dimensión sobrenatural de lo inasible (*como un ángel, parecía Taita Dios*) y en la posibilidad de superioridad existencial no prometida, es decir, en el necesario auto-reconocimiento en el otro subjetivo, pero en un otro encerrado hacia adentro para siempre, entendible sólo desde la suposición contenida en las preguntas: *¿Cómo serán los guaguas?* y *¿con qué se chumarán?* Un otro, en fin, ontológicamente distinto pero paradójicamente actuante.

EL SUJETO PORTEÑO

De dos tipos son los sujetos que auspician la puesta en marcha del capitalismo en la costa. Por un lado está *el Zar*, el representante de un capitalismo sin ley ni orden que desea expandirse a cualquier precio por toda la geografía del país. Por otro lado está Fermín Aragón de Peralta, el burgués convencido de la industrialización y democratización del mundo costeño.

²⁶ Icaza, Jorge, *Huasipungo*, op. cit., págs. 115, 116.

El Zar es el sujeto típico del proyecto oligárquico dependiente. Su plan no contempla el desarrollo del capitalismo como un programa fundador de Nación y Estado, sino como un proyecto individual de capitalización. De ahí que antes de ocuparse de democratizar e industrializar al país opta por reproducir la dependencia ligándose a los intereses expansivos de las empresas internacionales. Este sujeto, al facilitar el ingreso del capital extranjero a la geografía andina, se ve recompensado, a más de la paga por este servicio, por el manejo de la comercialización de los recursos exportables. Los epígonos del capitalismo oligárquico ven, con mucho asombro, el temple del Zar, leamos:

Sí. Es en verdad grande. Ha superado todos los prejuicios morales y biológicos. Sabe mandar, casi por naturaleza. Me impresionó su juicio sobre los indios y los vecinos pobres. Son, efectivamente, los indios quienes pueden crearnos dificultades. Pero la mina llegará a ser tan grande que los cinco o diez mil indios pueden convertirse en nuestros colaboradores.

Y a pesar de que en los planes del minero Fermín Aragón de Peralta (es decir de la burguesía nacionalista) la producción de la mina contemplaba -del mismo modo que el Zar- la explotación inmisericorde de los indígenas y la destrucción de la propiedad de los terratenientes menores; las diferencias con el Zar son radicales. Continuemos oyendo a los epígonos:

-¡Eso anhelaba Aragón!

-Pero con sentimiento patriótico miserable y cargado de nacionalismo miserable y peligroso; es antiyanqui, enemigo de los consorcios extranjeros. Toda esta confusión proviene de su provincialismo ideológico. El pretendía dominar la mina, convertirla en una fuente de poder nacionalista, aplastar a los hombres que tienen siervos hacer de las viejas haciendas empresas modernas; enfrentar al pequeño Perú con los poderes de los que depende y con los únicos que puede contar para desarrollarlo con medida. Aragón es una especie de naserista intuitivo. Y ya había entrado en íntima alianza con un líder peligroso que ahora tienen los indios . . .

-Sí, ya me lo dijiste. Un tal Rendón.

-Rendón Willka. Es, aunque te parezca absurdo, un hombre de astucia e inteligencia diabólicas. No es fanático. Calcula. Con un solo ojo ve las personas y los acontecimientos certeramente. No se confunde ni altera, como el provinciano señor de Peralta. Es de un serenidad inalterable que no puede ser sino la muestra de que sabe adónde va y por qué camino. Ahora es el líder de siervos e indio libres y se ha aliado, en una alianza aparentemente absurda, con don Bruno Aragón de Peralta, un católico feudal fanático cuya perturbación emocional y mental lo ha

llevado ahora a "amar" a sus indios. Los flagela, pero los ama y es amado. Acaba de repartir tierras entre sus siervos y me he enterado que ha cedido parte de su inmensa hacienda a una comunidad libre que se moría de hambre y con la que contábamos para nuestra mina. Tenemos que eliminar a estos dos hombres. Constituyen un peligro distinto que el "patriota" Fermín Aragón.²⁷

Las diferencias son por demás diáfanas. El proyecto nacional de Fermín, esto es, aquel que contempla la formación de una nación capitalista burguesa basada en la industrialización del territorio y en la proletarización de la verdadera masa portadora de nación (el campesinado serrano), es un sin sentido en los planes del capitalismo dependentista. Para los oligarcas, la sola idea de industrializar y proletarizar el Perú es despreciable. Se trata de un *nacionalismo miserable y peligroso* comentan con mucho desprecio los oligarcas. Sus planes, por el contrario consisten en ligar los intereses del sector oligárquico a los del capital extranjero, pensando, en el mejor de los casos, que sólo así se puede contribuir al desarrollo del Perú y, en el peor de los casos, sin interesarles siquiera la construcción de la Nación. La función, que como una necesidad inevitable debe cumplir las oligarquías regionales en el desenvolvimiento del capitalismo mundial, es vista con mucha claridad por sus mismos miembros:

Ellos, los consorcios, hacen lo mismo. La diferencia está en que usted reina, digamos, sobre unas trescientas familias y en unas veinte leguas cuadradas. Ellos lo hacen sobre millones de familias y en casi todas las naciones. Pero..., espere amigo.... Si en cada nación no encontraran gentes que, en pequeño, hacen lo mismo que ellos en grande, no podrían dominar tantos pueblos y pertenencias. Se entienden fácilmente con esa gente y, juntos, se refuerzan para ganar más con los menores gastos.²⁸

A pesar de que la realidad subsidiaria de las oligarquías locales es captada en su dimensión real por los mismos oligarcas, lo que no les queda claro (porque quizá ni les interesa) son los planes del capitalismo central, es decir, la conformación del mercado mundial como soporte de la expansión del sistema capitalista. De ahí que el carácter oligárquico de esta burguesía ingrese en los planes expansivos del capitalismo internacional. Sólo una burguesía carente de proyecto nacional es funcional a la razón de las multinacionales capitalistas, pues, de lo contrario los intereses del capital internacional chocarían con los

²⁷ Arguedas, José María, op. cit., pág. 344.

²⁸ Ibidem., pág. 207.

intereses del capital nacional periférico. La función subsidiaria es reconstruida por la oligarquía en estos términos:

- ¿Hasta qué punto la Wisther es norteamericana? ¿Hasta qué punto eres patriota?
- Las dos preguntas son impertinentes. No tengo por qué contestarlas, Cabrejos.
- ¿Es impertinente una respuesta a la segunda pregunta?
- Es algo necia. Todo peruano debe ser patriota. Todo peruano lo es a su modo.
- Yo no soy patriota, ni el "Zar" es patriota, ni siquiera sensible. Todos nosotros, para actuar como lo hacemos, debemos despojarnos de ese elemental sentimiento. Ustedes en mayor grado que yo, no pueden tener más patria que la empresa, la gran empresa que es internacional, en todas partes. Sólo los asalariados son patriotas; ustedes agitan ese sentimiento para aprovecharlo, Es inevitable.²⁹

Por otro lado, tenemos un proyecto dirigido por una burguesía preocupada de crear Nación. A pesar que esta burguesía debe también su existencia a la demanda de materias primas creada por el capitalismo central, su intención, sin embargo, no se reduce a convertirse en mera proveedora de estos productos. Esta burguesía aspira a transformar las ganancias producidas por las exportaciones en industrialización del país para desde ahí crear un mercado nacional que permita la consolidación de su industria. Además de esto, la burguesía nacionalista pretende transfigurar las relaciones productivas de la gran masa nacional constituida por los indígenas serranos: de siervos regionales a obreros nacionales. Sobre esto, claro, se anhela la construcción de una estructura político-cultural de corte democrático burgués, vale decir, la transformación de los obreros en ciudadanos.

Recordemos, en sus propias voces, los planes de los burgueses nacionalistas:

- Es una mina de oro, Fermín -le decía-. Una mina que no requiere de maquinaria costosa para extraer el metal precioso. Está allí, en cantidades ingentes, a lo largo de mil kilómetros de nuestro mar. Tú pretendías buscar una mina mayor que Aparcora para vengarte de la forma cómo te han expulsado del manejo de la compañía que ha de explotar la gran veta que descubriste. Tú sueñas con que las riquezas naturales del Perú no sean devoradas por los extranjeros, que los siervos indios desaparezcan; que, de brujos, todos los indios se conviertan en hombres civilizados y de empresa; que esa masa informe se haga una multitud de individuos que compitan entre ellos como libres y verdaderamente independientes. Tienes la mejor

²⁹ Ibidem., pág. 343.

oportunidad de lograr estos propósitos y de hacerte multimillonario, no en veinte años o treinta años, sino en cinco o diez. ¡Fermín: el mar no ha sido aún copado por los gringos de ningún país! ¡Está libre! Unos cuantos peruanos audaces y no de las grandes familias unidas al capital extranjero han iniciado este negocio ¡Librémonos de las garras de los consorcios internacionales! Tenemos que apoderarnos de nuestro mar que guarda más riqueza que el subsuelo. Una riqueza que está al alcance de la mano. ¡Cerrémosles la puerta a los extranjeros! Tú tienes ahora el capital suficiente. ..

-¡El pescado, el pescado!Tú eres un impaciente febril -Sí, Fermín. Exactamente. Pero puedo ofrecerte pruebas irrefutables. Acompáñame a las oficinas de la Compañía de Pesca y Envase, que opera en el puerto de Supe. Vamos ahora mismo. El gerente es un amigo mío. Sí, Fermín, en estas empresas es posible todavía encontrar amigos. En las viejas e impersonales de minas, todos los que manejan los consorcios han dejado de ser hombres, son también entes internacionales, sin patria sin nido. Están transfigurados por la millonada de sangre humana que esas empresas devoran en cien o doscientos países. Vente con nosotros. Yo soy administrador de una compañía pesquera modesta. La podemos hacer grande o formar una nueva.

-Vamos, Arturo. Los millones no deben dormir. ¿Es seguro que no se han metido en este negocio los extranjeros?

-No. Les ha parecido algo casero, felizmente. Y continuará siendo casero. . . Estamos en el trópico pero nuestro mar es frío, el más rico del mundo en fauna industrializable. Los puertos abandonados por causa de las carreteras se convertirán de nuevo en centros hormigueantes de trabajo. Vamos, Fermín.³⁰

El propósito de la burguesía nacional no contempla sólo la industrialización del litoral y de ahí la consolidación de su proyecto, es decir, la potencialización de la economía costeña en desmedro de la serrana. Los planes, además, vislumbran, correctamente, la industrialización posterior de la sierra para sólo desde ahí fundar una nación moderna. La visión de Fermín Aragón de Peralta es sin duda la más lúcida de todas estas burguesías. Su origen serrano le permite, lo que no sucede con los otros burgueses, comprender que sin la transformación industrial y política de la población serrana no es posible ningún proyecto burgués nacional. Por todo eso, los planes de Fermín respecto a la industrialización nacional costeña tienen que extenderse necesariamente en una industrialización agraria serrana, veamos como él clarifica a su cuñado sus planes:

³⁰ Ibidem., 344, 345.

Te ofrezco el 30 % de las ganancias [de la producción costera]; yo vuelvo a San Pedro. Tengo todavía una gran hacienda de vieja alfalfa, sembrada hace treinta años. La modernizaré. Llevaré ganado fino. Compraré otras haciendas. Si Bruno me vendiera la suya, podría criar unas cuatro o cinco mil cabezas de ganado fino. Su hacienda es enorme y él no siembra sino maíz y trigo, en la misma área que mi bisabuelo. Tiene cuatro molinos de piedra que muelen cinco fanegas cada uno en veinticuatro horas. Bruno no tiene más patria que su hacienda. Yo podría cubrir de alfalfa y de pastos selectos unas diez mil fanegadas de esa hacienda, en poco tiempo. Sembraría trigo, del mejor, en otras mil fanegadas, e instalaría un gran molino hidráulico. Pero mi hermano ama y martiriza a sus indios; de eso vive. Ahora, bajo la influencia de un ex indio que estuvo muchos años en Lima, y de una mestiza que lo ha cautivado, ha cedido parte de sus tierras a una comunidad que fue despojada por el padre de un cholo que se ha hecho rico y gran terrateniente. ¿Qué hacer con esos fanáticos? El Perú está tesado por el "Zar" que no tiene patria y por hombres como mi hermano que reducen la patria a su feudo. ¡Y por los comunistas asquerosos que quieren igualar lo que nació y es desigual por naturaleza! Y lo pretenden hacer, no con su propio cerebro y con sus propios cálculos, ¡sino con el de los moscovitas que están a veinte mil kilómetros del Perú!³¹

Estos son los planes más ambiciosos en el plano social y cultural que tuviera cualquier burguesía periférica. Causas internas a su propia dinámica y presiones externas hicieron (y siguen haciendo) que este proyecto no llegara a concretizarse en la región. Sin embargo, el proyecto no fue totalmente destruido, sino que siguió y sigue reapareciendo cíclicamente en la región. Claro, aquejado por los mismos males que lo vieron nacer.

EL SUJETO SERRANO

Dos son las figuras que representan los intereses del capitalismo en las sierras andinas: Fermín Aragón de Peralta y Adalberto Cisneros. El primero personifica el sueño por la construcción de un capitalismo nacional; mientras que el segundo encarna la simple voracidad serrana por la acumulación y capitalización del capital.

Fermín Aragón de Peralta, luego de haber comprobado por experiencia propia cuáles son los intereses reales de los consorcios extranjeros, pretenderá desarrollar un capitalismo nacional. Un proyecto que surja de la transformación de las relaciones productivas del todo social. Sus intenciones son claras:

³¹ Ibidem., 349.

-Yo no pretendo la insensatez de destruirla [a la compañía extranjera] sino incorporarme a ella para variar un poco la dirección que lleva. No debe dirigirse únicamente para los extranjeros sino también para los capitalistas peruanos. Este país merece ser grande, puede serlo. Únicamente el capitalismo lo conseguirá; necesitamos la satisfacción de nuestras ambiciones y no ser nada más que gusanos que engordan al monstruo extranjero. El monstruo debe respetar nuestras ambiciones a cambio de que nosotros respetemos las de él. Ahora no toma ni quiere tomarnos en cuenta como a socios sino como a sirvientes, como a pongos. El Perú da vergüenza; indios idólatras; analfabetos, de ternura salvaje y despreciable, gente que habla una lengua que no sirve para expresar el raciocinio, sino únicamente el llanto y el amor inferior. Hay que hacer de ellos lúcidos obreros de las fábricas, y muy regularmente, abrir una puerta medida para que asciendan a técnicos. El mundo futuro no es ni será de amor, de la “fraternidad”; sino del poder de unos, de los más serenos y limpios de pasiones, sobre los inferiores que deben trabajar. La “fraternidad” es el camino de retroceso a la barbarie. Dios creo al hombre desigual de facultades. Eso no tiene remedio. Hay que respetar y perfeccionar la obra de Dios. La desigualdad como motor de lucha y ascenso. (...) Mi hermano pretende apagar el fuego sagrado, que hizo de él un hombre respetado, obedecido y temido, el eje sobre el que gira la sociedad: la aspiración de la grandeza individual que él, ahora que es medio indio, llama ambición. Dios mismo no es sino la perfección realizada por la aspiración a la grandeza, al sumo poder; el amor verdadero del todo poderoso. La fraternidad de esos miserables es el peor enemigo de la grandeza humana, su negación mentirosa. Cualquiera día, uno de los miserables encuentra un hueco, escapa, se hace grande, y arremete contra sus ex hermanos. Tiene que arremeter. La eternidad depende del individuo, la masa es la uniformidad del gusano. ¡Yo no soy gusano!³²

La determinación de Fermín es fuerte y diáfana. El no pretende, de modo muy sensato, sacar al capital extranjero del territorio peruano, no lo pretende simplemente porque sabe lo imposible de esta empresa. Sus intenciones, sin embargo, son dos, por un lado lograr una repartición equitativa de la riqueza y de la mano de obra y, por otro transformar las estructuras económicas y las relaciones productivas en el agro para fundar desde los cimientos el capitalismo peruano. El sueño de Fermín es, pues, el de un capitalismo total en la región, un sistema que se extienda desde adentro hacia afuera y que en ese proceso vaya transformando paulatinamente las estructuras productivas y culturales de su pueblo.

³² Ibidem., pág. 238.

Por eso para Fermín Aragón está muy claro que lo primero que hay que hacer es transformar las relaciones sociales de producción que imposibilitan la dinamización de la mano de obra. Refiriéndose a los terratenientes que mantienen encerrados en sus latifundios a los indígenas serranos, él sugiere como plan: *“Les desterraremos y haremos de sus indios lo que los capitalistas queremos que sean; lo que para el bien del país deben ser; no gregarios de comunidades primitivas, sino agricultores, empresarios que trabajen con libertad suficiente como para que puedan surgir, enriquecerse y enriquecer al Perú explotando el trabajo de la masa inferior.”*³³

Tres son, pues, las trabas que, en los ojos de Fermín, impiden la realización de los planes expansivos del capitalismo serrano: 1) la concentración del territorio y de la mano de obra por la aristocracia terrateniente, 2) la fortaleza de la vida social premoderna en los indígenas andinos y 3) los intereses desmedidos y carentes de proyección interna de los inversionistas extranjeros. Fermín sabe, sobradamente, que estas trabas son extremadamente difíciles de romper. La expansión del modelo capitalista en la sierra no es tan fuerte como para desestabilizar los poderes locales que manejan los terratenientes en el campo, ni tampoco para desarticular las costumbres y normas que modulan la vida de los campesinos andinos. Sin embargo, para Fermín el primer problema a resolver no es el “primitivismo” del mundo comunitario andino, sino el de los hombres (la aristocracia terrateniente) que ha mantenido este mundo: *“yo no soy un imbécil para considerar a los indios como culpables [le comenta al abogado Gálvez Valdivia]. Lo son quiénes han mantenido indios y mestizos en nuestro país. Cinco o seis millones de gente que no es cristiana. Piensan de otro modo; y, lo peor, anhelan otros bienes”*.³⁴

Por otro lado, Adalberto Cisneros simboliza la otra cara del capitalismo en la sierra. El es la personificación de la ferviente expansión de un proyecto económico descontrolado y agresivo. A este nuevo sujeto no le interesa la creación de soportes básicos para el desarrollo de un capitalismo nacional coherente, es decir, no está preocupado ni en la formación de un mercado nacional, ni en la transformación paulatina del campesinado en obreros y de los terratenientes en empresarios. Al no poseer una visión social del proyecto capitalista sus intereses sólo se dirigen al enriquecimiento personal y al incremento del poder individual, y todo esto, con alcances meramente regionales y temporales. En el horizonte interpretativo de

³³ Ibidem., pág. 240.

³⁴ Ibidem., pág. 300.

Fermín, el burgués nacionalista, ésta es la caracterización que se otorga al sujeto oligárquico: *“ahora ha surgido un personaje peor, intratable, con empuje de demonio: el mestizo leído (...) Odia y trabaja por odio. Es el "cholo" Cisneros, que es ya un gran hacendado. Cisneros se ha hecho gran propietario y odia a diestra y siniestra”*.³⁵

A este nuevo rico, carente de toda estructura ética para su accionar, lo que le interesa es el enriquecimiento a cualquier precio. Los viejos valores de la aristocracia terrateniente le son totalmente ajenos. Su credo es el siguiente: *“!qué casta ni qué casta! Ya pasaron esos tiempos. El que tiene dinero, el que más tiene, ése manda; ése es el señor. Pues, para él el dinero lo puede conseguir todo: Yo se lo voy a probar.... Tengo influencias. Yo hice al diputado y aún al senador con mi plata.”*³⁶ En efecto, la gran cantidad de capital que logró acumular el “cholo” Cisneros y las nuevas condiciones sociales implantadas por el capitalismo foráneo en las serranías va a permitir que las cuotas de poder se modifiquen drásticamente. Ahora ya no son los aristócratas de viejo cuño los predilectos del poder central, sino más bien los nuevos capitalistas inescrupulosos. Así viven los vecinos de San Pedro este cambio insólito:

Pero ¿un Aragón de Peralta en la cárcel de esa pequeña ciudad en la que don Bruno y don Fermín eran considerados como todopoderosos? Sí; ahora era posible. Cisneros se había convertido en hacendado más grande que los Aragón de Peralta y había "conquistado" la protección y la amistad, aunque algo avergonzada, del senador.³⁷

Y el Estado, del mismo modo que los inversionistas extranjeros, prefiere pactar con Cisneros porque éste no tiene los prejuicios morales de Bruno Aragón ni los planes nacionalistas de Fermín. Cisneros, por el contrario, acepta negociar con el capitalismo costeño e internacional bajo las normas que éstos últimos dispongan, siempre y cuando él pueda percibir parte de la riqueza producida por la explotación de las sierras andinas. Por todo eso es que Cisneros, para realizar sus planes, no tiene ningún escrúpulo en liquidar indígenas y señores de la tierra, leamos sus argumentos:

Consideraba como seguro que la comunidad no ofrecería resistencia directa sino que trataría de evitar el apresamiento de sus autoridades, quizás llorando en masa y rodeando a los guardias o

³⁵ Ibidem., pág. 300.

³⁶ Ibidem., pág. 187.

³⁷ Ibidem., pág. 313.

formando una cadena alrededor de la casa del viejo alcalde. Entonces el bravo sargento "tenía que disparar". "Esos ven sangre y muertos y escapan como vizcachas. Me conformo con unos cuatro muertos. Así podré volver a hacer nombrar a Ledesma teniente gobernador; Anacho será alcalde, aunque no quiera... Después, hambreo más al pueblo y lo meto en mi hacienda. ¿Adónde van a ir? El Bruno se asustará. Los grandes tienen miedo a caer y se hacen a un lado. Tengo que ganarle en esta pelea, carajo; yo, el cholo Cisneros."³⁸

Finalmente se impondrá el modelo propuesto por Adalberto Cisneros. Un modelo que llevará a la destrucción económica y cultural a los habitantes de las sierras andinas y al enriquecimiento temporal de algunos oligarcas. El proyecto de Cisneros es la extensión última y necesaria del capitalismo metropolitano y del proyecto oligárquico costeño en la periferia de la periferia. Su dominio en todo el territorio nacional no significa, sin embargo, la destrucción de los proyectos nacionalistas (costeño y serrano), sino la consolidación de la fuerza económica y militar que ampara mencionado proyecto. Su gran debilidad, como a continuación trataremos de explicar, es el "descuido" intencionado de los intereses de la gran mayoría de las personas que conforman las sociedades andinas. De ahí que las prácticas de estos últimos reaparezcan con terca periodicidad a lo largo de los años reavivando las otras formas constructivas de lo social: la comunitaria, la aristocrática y por supuesto la democrática burguesa.

CUARTA PARTE

LIMITES Y ALCANCES DEL PROYECTO

A pesar de los ciclos expansivos que experimentó (y experimenta) el capitalismo en la periferia, éstos no pueden ser entendidos como partes de un proceso acumulativo y extensivo. Lo que observamos son, más bien, momentos de expansión seguidos por momentos de comprensión. El capitalismo ingresa bajo la forma de una determinada rama productiva, se instala por un tiempo y cuando su explotación o producción resulta no-rentable se retira sin dejar estructuras sólidas sobre las cuales se pudieran ampliar los soportes que permitan la consolidación de un proyecto económico, peor aún la construcción de un *ethos* cultural. Consustancial a estos flujos y reflujos son las oligarquías y las burguesías regionales.

³⁸ Ibidem., págs. 313, 314.

En esta parte final queremos fundamentar las razones que dificultan y frenan el desarrollo del capitalismo en nuestros países:

1.- Trataremos de ver, por un lado, cómo la relación de dependencia con el capitalismo en el centro vuelve imposible la construcción de un proyecto autónomo y sostenido, por otro lado, notaremos como el carácter parasitario de las burguesías de turno en relación con los terratenientes y el capital extranjero entorpecen los intentos de crear un capitalismo estructurado desde adentro.

2.- Recordaremos las dificultades que tiene este proyecto de establecerse por no considerar al campesinado indígena y a los obreros serranos y costeños sustancia fundamental y fundadora de la Nación y del Estado. Así como revisaremos la interferencia comunicativa que se produce entre los planes de la oligarquía y de la burguesía.

Límites económicos.

Como líneas más arriba ya anotamos, el capitalismo en nuestra región nace por necesidades externas a las economías locales. Tanto los dos primeros períodos (cacaotero-abonero, bananero-pesquero) como el tercero (hidrocarburiífero-financiero) son el resultado de exigencias propias del capitalismo central, es por esta razón que la primera burguesía en nuestros países se forma en los puertos y se encarga, sobre todo, de la exportación de las materias primas y de la importación de productos elaborados. En tanto su principal actividad tiene que ver, principalmente, con satisfacer la demanda del producto en los mercados internacionales, el interés por la construcción de un mercado nacional y de una cultura que sustente este espacio económico pasan a segundo plano.

En el Perú, por ejemplo, a pesar de las grandes cantidades de capital que poseyó la burguesía costeña surgida al calor de las exportaciones de guano y salitre nunca tuvo como intención invertir sus ganancias en la industrialización del país, ni en la construcción de una propuesta política que se enfrentara abiertamente a los intereses de la aristocracia terrateniente. Fue una burguesía que se dedicó más bien al usufructo pasivo de la renta producida por la comercialización de los abonos naturales. El papel de la burguesía del período es resumido por Heraclio Bonilla en estos términos:

La élite económica modernizante al no poder asumir por su propia cuenta la tarea de transformación integral del país, se limitará a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX a participar en el proceso productivo en calidad de asociada de los capitales británicos, extrayendo de esta situación parte de sus beneficios. Además, y es esto lo fundamental, los obstáculos institucionales que he señalado y la persistencia de los rasgos señoriales en la mentalidad de esta nueva clase, los hicieron reticentes a toda inversión productiva. Sus miembros escogerán el amplio y cómodo camino de la especulación, favorecidos grandemente por las necesidades financieras del Gobierno. De una clase que traiciona su destino, a su inmediata conversión en rentista y parasitaria, el camino era corto y directo y fue rápidamente recorrido.³⁹

Por otro lado, muchas de las ganancias que el Estado peruano percibió por la venta de los abonos naturales tuvieron que ser reembolsadas como pago a los empréstitos que éste adquirió con la banca internacional. *“la expansión de la deuda externa [según H. Bonilla] no sólo evaporó las rentas generadas por el guano, sino que al absorber su pago en la década de los 70 el 42.3% de los ingresos fiscales terminó por colocar las finanzas públicas del país en un grado de dependencia extremo frente a los créditos externos”*⁴⁰.

La suerte que corrió la burguesía ecuatoriana ligada a la riqueza que produjera el *boom cacaotero* no fue diferente. No sólo fue la inutilidad económica para levantar un proyecto nuevo en la región, sino la dependencia parasitaria que unió a la burguesía porteña con los señores de la tierra, lo que puso límites estructurales a su propuesta político-cultural (la Revolución Liberal). Las instituciones bancarias y crediticias al igual que las distintas industrias que desde mediados del siglo XIX fueron dando vida a la economía del puerto guayaquileño, no fueron sino extensiones del capital latifundista o, cuando más, centros económicos dependientes de las exportaciones de la fruta. Esta burguesía que careció desde su inicio de dinámica propia tuvo, años más tarde, que volver a pactar con la vieja oligarquía terrateniente. Agustín Cueva al respecto afirma que *“La revolución Liberal, ciertamente no logró transformar radicalmente la estructura social y económica del Ecuador (...) pero sí asentó un duro golpe al poder antes omnímodo de los latifundistas andinos y su aliado incondicional, el clero”*.⁴¹ Las aspiraciones radicalmente democráticas que nacieron de los campesinos, pequeños comerciantes, obreros, artesanos y hasta de cierto sector de los

³⁹ Bonilla, Heraclio, op.cit., pág. 70.

⁴⁰ Ibidem., 320.

⁴¹ Cueva, Agustín, *Lecturas y Rupturas*, Ed. Planeta, Quito, 1986. pág. 70.

terratenientes cacaoteros nunca pudieron implantarse por la ya anotada complicidad y dependencia de la burguesía comercial.

La Revolución Liberal, en realidad, fue una reformulación de las cuotas de poder entre la Aristocracia Terrateniente y la Burguesía Comercial, reformulación que trajo como resultado más sobresaliente la reestructuración de las instituciones administrativas y culturales del país y no, como algunos tratan de ver, una transformación del hecho económico. Luego de la revuelta montonera, para 1914, el radicalismo liberal de mejor cuño fue quemado junto a su inspirador e inmediatamente el conservadurismo terrateniente volvió a tomar las riendas económicas y políticas del país. *“La tarea principal de la revolución democrático burguesa en el continente latinoamericano [apunta Cueva] no consistía, por tanto, en la abolición de un orden rigurosamente feudal que, como quiera que sea, fue subordinado al desarrollo del capitalismo desde por lo menos el último tercio del siglo pasado [XIX], sino en transformar la modalidad reaccionaria de desarrollo de este capitalismo en una modalidad democrático progresista. Lo cual no impide que, al menos en las situaciones de mayor atraso como las de Perú, Bolivia, Ecuador, Haití, etc., estuviesen también presentes, de manera acumulativa, ciertas tareas de tipo netamente antifeudal.”*⁴²

A pesar de las diferencias entre los modelos de desarrollo ecuatoriano y peruano, la dependencia estructural con que se forman las economías de estos nacientes estados va a determinar que la región costeña experimente un crecimiento hacia el exterior -tanto en su momento exportador como importador- y que las regiones andinas terminen involucradas en procesos productivos destinados a cubrir la demanda nacional y en muchos casos sólo la regional. La existencia de estos dos mundos paralelos: uno orientado a la dinámica del capitalismo mundial y otro dirigido a la producción nacional y basado en la producción de las comunidades indígenas, permitió que tres experiencias culturales se reprodujeran simultáneamente: la agrícola-andina al interior de las comunidades indígenas, la burguesa exportadora en Guayaquil, Lima y sus alrededores y la latifundista feudal en las haciendas de los terratenientes serranos. La burguesía, entonces, no pudo unificar la pluralidad social de la región, sino que más bien la potenció.

⁴² Cueva, Agustín, op. cit., 1987, pág. 148.

El segundo período capitalista (el bananero-pesquero) fue en lo sustancial la repetición del primero. A pesar de que la riqueza producida por la producción bananera y harinera fue mucho más considerable no se consolidó, como era de esperarse, en la industrialización sostenida de los países andinos, sino que terminó siendo gastada al tenor de los caprichos suntuarios de la nueva burguesía.

Los favores que el “oro verde” otorgó a la economía ecuatoriana son resumidos por Alberto Acosta en estos términos:

Al finalizar los años ochenta y con mucho más fuerza en la década de los cincuenta, la producción y exportación de banano rescató al país de la fase depresiva. Vino una nueva expansión que dinamizó las relaciones externas y, a diferencia de lo que sucedió con el cacao, al ampliar la frontera agrícola a base de pequeñas y medianas fincas bananeras, permitió el acceso de nuevos grupos de la sociedad y hasta el apareamiento de nuevas poblaciones. (...)

El impacto del banano en la economía nacional fue diferente del que generó el cacao décadas antes: se amplió la frontera agrícola, se expandió notoriamente la red vial y se produjo un mayor proceso de inmigración de la Sierra a la Costa, con un desarrollo acelerado de las ciudades y un cierto robustecimiento del mercado interno, a base de la expansión de las relaciones salariales, el aumento de la obra pública y la propia diversificación de la economía.⁴³

Del mismo modo, la industria pesquera en el Perú produjo una serie de fenómenos modernizantes entre los cuales podemos nombrar: 1) los flujos migratorios del campesinado serrano hacia los puertos pesqueros costeros, 2) la urbanización considerable de la región litoral peruana, 3) la implantación de relaciones salariales en la gran masa de trabajadores portuarios y, 4) el crecimiento del capital comercial e industrial en la región costera.

Sin embargo, para este período, lo mismo que para el anterior, la economía regional siguió regida por los terratenientes agro-exportadores y por los comerciantes importadores y exportadores. El capital industrial y financiero siguió siendo subsidiario de la riqueza producida en los latifundios. La burguesía no logró, por todas estas razones, establecer un plan de desarrollo propio, el poder de esta clase siguió ligado estrechamente al comercio y no a la industria. Agustín Cueva refiriéndose a origen del problema de la dependencia apunta: *“La burguesía nace aquí confundida y entrelazada en su origen y su estructura con la*

⁴³ Acosta, Alberto, *ibidem.*, págs. 82, 83.

*aristocracia terrateniente, y este hecho no deja de repercutir a su turno sobre el desarrollo económico, aunque sólo fuese porque en este caso 'el capitalista, o mejor el propietario, criollo, tiene el concepto de la renta antes que el de la producción'.*⁴⁴

La época petrolera fue el último período acumulativo de la economía capitalista en la región. Las inauditas ganancias que produjo el petróleo permitieron a nuestros países soñar con la industrialización definitiva de sus economías. La industrialización en efecto se dio pero de modo dependiente. Las ramas de la industria que se crearon fueron aquellas que producen bienes de consumo y no bienes de capital, es decir, una industria que desde su nacimiento se estructuró en dependencia con otra industria ubicada fuera de las fronteras regionales. La industrialización y modernización significativas que sí se dieron en los sesenta y setenta se frenó cuando la reposición del sector uno de la economía develó los límites reales de una industrialización parasitaria, producida desde arriba, y sustentada en una deuda externa gigantesca e impagable. Alberto Acosta recuerda los límites del período de este modo:

La bonanza que motivó el petróleo -la mayor cantidad de divisas que ha recibido el país en toda su historia republicana- que apareció en forma masiva y relativamente inesperada, se acumuló sobre las mismas estructuras anteriores y reprodujo, a una escala mayor, es cierto, gran parte de las antiguas diferencias. El salto cualitativo llevó al Ecuador a otro nivel de crecimiento económico pero, al no corresponderle una transformación cualitativa similar, en poco tiempo se cristalizó en “el mito del desarrollo”.⁴⁵

Los ochenta y los noventa fueron el escenario del retroceso industrializador y modernizador capitalistas, producto de la deplorable gestión de una burguesía inepta y de condiciones internacionales de dependencia económica casi absoluta. La ruralización o re-agrarización, tanto cultural como económica, de los países andinos hizo -por última vez en nuestra historia sigloventina- transparente la imposibilidad de encauzar un proceso histórico progresivo, autónomo y propio. Las “décadas perdidas” a pesar de no haber sido tematizadas por Arguedas e Icaza encuentran su explicación procesual en la forma dependiente cómo las repúblicas andinas se articulan desde su fundación a la lógica expansiva del capitalismo mundial. La persistencia del proyecto aristocrático terrateniente y el reflujo último del utopismo andino son el resultado de una economía partida por tres proyectos de desarrollo

⁴⁴ Cueva, Agustín, op. cit., 1977, págs. 85, 86.

⁴⁵ Acosta, Alberto, ibidem., pág. 110.

incompatibles, sostenidos únicamente por necesidades económicas externas encaminadas a la reproducción del capital a nivel mundial.

Sólo como dato anotemos que en la última década la dinámica económica en nuestra región no ha variado en lo esencial. El petróleo sigue constituyendo el soporte mayor de nuestras economías, los ingresos son complementados por la producción primaria de bienes demandados por el mercado internacional: flores, camarones, madera, frutas tropicales, productos marinos, etc. Curioso y macabro, sin embargo, es la transformación de las remesas enviadas por los emigrantes en una de las fuentes más importantes de las economías locales, así como la desarticulación de la pequeña producción industrial a causa de la liberación arancelaria concedida a la producción internacional. El eje dependencia-parasitismo que caracterizó a las primeras burguesías regionales sigue siendo el que define a las burguesías actuales.

Límites comunicativos.

Los dos grandes errores de la burguesía y la oligarquía andinas fueron (siguen siendo): 1) el no haber podido o no haber querido articular un discurso que contemple a la totalidad de la población nacional y 2) no haber podido o no haber querido reformular un discurso democratizador que afiance en lo ideológico su reproducción material.

La división que arriba hicimos entre las distintas voces: la metropolitana, la costeña y la serrana, y entre los tonos de las dos últimas voces: el nacional y el internacional, trató de clarificar, a más de la pluralidad discursiva intrínseca al proyecto, la presencia de dos impulsos irreconciliables en su desarrollo: el burgués y el oligárquico.

El impulso burgués representado en la costa como en la sierra por Fermín Aragón de Peralta responde al proceso de reapropiación permanente de los logros del proyecto capitalista central. Su intención, como ya la vimos, no contempla únicamente la forma económica del proyecto capitalista, sino también sus dimensiones cultural y política. El Estado es entendido por este impulso como el espacio de representación de los intereses de los diferentes grupos de la sociedad; la Nación, en cambio, como el campo de expansión y consolidación de su proyecto. Su discurso, sin embargo, desconoce las realidades propias de nuestros países. Se trata, tanto del olvido de la función central que cumple la aristocracia terrateniente y el capital

extranjero en la reproducción económica de la región, cuanto del desconocimiento de los intereses propios de los campesinos indígenas. El discurso burgués, a pesar de sus buenos propósitos, termina siendo forma sin contenido.

El impulso oligárquico representado por Adalberto Cisneros y el Zar posee un discurso mucho más realista y efectivo que el de la burguesía. La oligarquía entiende su función de modo sencillo y claro: su destino está encaminado y mediar la extracción de riqueza entre el centro y la periferia, para este propósito tiene que desarticular todo movimiento que dificulte la mediación. Al Estado y a todas las instituciones racionalizadoras las entiende como un mero instrumento para la ejecución de sus planes. El concepto de Nación no tiene ningún sentido en su accionar, la región es vista casi como una geografía apta para la extracción de riqueza y sus habitantes como el componente necesario para activar la extracción de esa riqueza. El pragmatismo económico es absoluto y su función socializadora nula.

Ejemplo claro de lo destructivo de este proyecto son las consecuencias que soportan los pobladores rurales a causa de la expansión del capitalismo (en nuestro caso la llegada a la mina aurífera). La aristocracia terrateniente pierde su función social organizadora y, además, su mundo normativo interno. La destrucción de esta clase es descrita, metafóricamente, por Arguedas en estos términos:

El (arco) de la casa de los Torres se había derrumbado, hacía años, y sólo quedaban los muros laterales en los que acomodaron una puerta remendada con tiras de eucalipto. Los otros arcos estaban desajustados, a punto de desmoronarse. El de los Brañes había quedado casi entero, con sólo la piedra maestra y unas cuantas otras que, al caerse, dejaron el arco con una luz al centro, pero separado de la casa, como sin dueño y sin destino. Los muros del patio se habían derrumbado, y el corredor quedó a la vista, con sus solemnes columnas de piedra que el musgo opacaba, y el fondo de los muros descascarados, arruinándose.⁴⁶

El deterioro de la casa es la simbolización de la destrucción de toda una clase social: la feudal terrateniente. Es el empobrecimiento de los señores de la tierra, pero sobre todo la desarticulación de su sistema normativo, de un mundo *sin dueño y sin destino*. Sin embargo, lo verdaderamente trágico de esto no es sólo la destrucción de una vieja clase (también la del campesinado indígena), pues, estos fenómenos son frecuentes en la historia, sino la

⁴⁶ Arguedas, op. cit., pág. 56.

destrucción de un mundo normativo y la no implantación de otro, es decir, la **vaciación ética** de todo un conglomerado humano. La mina no trae al pueblo de San Pedro la instauración del *ethos* burgués, sino sólo de su estrategia económica. Por eso es que los vecinos del pueblo deciden acabar para siempre con su mundo : “*Los caballeros de San Pedro de Lahuaymarca no seremos peones nunca de extranjeros que nos quitan la única tierra que alimenta nuestra ya miserable vida. Nadie nos puede obligar a eso (...) ¡Quemaremos San Pedro!*”⁴⁷. Las ruinas incineradas del pueblo (destrucción a medias) es el símbolo de un mundo en proceso intermedio de destrucción, vale decir, un mundo suspendido en su agonía. Un mundo que sólo podrá existir entre la desarticulación de un *ethos* social pretérito y la ausencia de una normatividad futura.

La suerte que corre el mundo indígena no es diferente. El ingreso del capitalismo significa para los indígenas únicamente destrucción y muerte, de ningún modo transformación. Su mundo se vuelve superfluo con la llegada de la maquinaria, superfluo no sólo porque los intereses del capital no están orientados a la actividad agrícola (fundamento del mundo andino) sino porque las máquinas son el reemplazo de su actividad socializadora básica: el trabajo comunitario. En una trágica escena Arguedas simboliza la destrucción y sustitución del hombre andino por la máquina:

Las orugas se desplazaron lentamente, trepidando con la máxima fuerza. El ruido sordo, de fuego contenido, de los dos motores, empezó a caldear la pampa; el eucalipto gigante de los Brañes se balanceaba algo con el viento; sonaba profundamente como el río lejano. Eran sus ramas altas, las más altas, que sentían la palpitación de los cielos y las transmitían al suelo, al oído de niños y hombres, dulce y majestuosamente.

Los hocicos de los bulldózers no chocaron con el muro; se asentaron sobre él y lo fueron empujando. No disminuyeron la marcha, la pared, de cuatro filas de piedras grandes y rellenas, cedió; cayó, y los monstruos trituraban las piedras, sacudiéndose. Se presentaron delante del corredor de la casa, los dos, sin detener la marcha.

(...)

El monstruo no podía detenerse ni retroceder ya. Antón, sin sombrero, bajó, y su rostro algo atontado, prendía una mecha pequeña. Se lanzó de cabeza contra el gran bulldózer; llevaba un paquete en la mano. Veinte cartuchos de dinamita estallaron.⁴⁸

⁴⁷ Ibidem., pág. 383.

⁴⁸ Ibidem., pág. 442.

Decisivos en la lucha que libran permanentemente estas dos tendencias, sin embargo, son los intereses del capitalismo central. De ahí que lo que determina en última instancia la superioridad del impulso oligárquico son razones externas a las dinámicas regionales. Por eso a cada proceso democrático expansivo de las burguesías nacionales le corresponde un retroceso oligárquico. Este movimiento retrógrado va, desde la desarticulación de normas, estructuras y prácticas democratizantes y racionalizantes creadas por la burguesía, hasta la reapropiación (oligarquización) de estos logros. Este último fenómeno ha sido caracterizado por José Guillermo Nugent como *contramodernidad*. Leamos:

Con este término queremos designar un proceso por el cual ciertos elementos de la modernización social fueron asumidos, por ejemplo, todos los símbolos de prestigio de la tecnología moderna: automóviles, el cemento como material de construcción, una difusa admiración por el sistema educativo europeo. (...)

Lo verdaderamente sorprendente, sin embargo, es como los símbolos de la modernización pudieron ser puestos al servicio de una arcaización cultural prácticamente ilimitada. Los artefactos materiales y culturales de la modernización hicieron que los grupos gobernantes se sintieran más señores y trataran a los grupos subalternos como más indios (...) Ya no como inconsecuente colectivo, sino como identidad explícita, el automóvil se convirtió en calesa, la casa urbana en hacienda de cemento y el trabajo doméstico en obra de indios encomendados. (...)

Lo peor del caso es que se trata de una deliberada recepción del discurso moderno. En otras palabras, se asimilan los elementos del mundo moderno en la medida que resultan válidos como emblemas de poder pero son reconocidos como si fueran una renovación o refuerzo de la fantasía colonial. A esto es a lo que llamo *contramodernidad*. No es un mero rechazo por el interés de querer mantener una forma de vida alternativa. Si tal fuera el caso, lo más propio sería de hablar de un discurso antimoderno. Pero no, lo que existe es la asimilación de la cultura material moderna pero dotada de una interpretación social, directamente contrapuesta más que indiferente: la arcaidad colonial.⁴⁹

La *contramodernidad*, sin embargo, va mucho más allá de la funcionalización de los bienes materiales. Del mismo modo que el automóvil en el ejemplo de Nugent, el Estado y todos sus aparatos, la cultura y sus discursos, son funcionalizados por la oligarquía. De ahí que la lógica oligárquico-terrateniente siga reproduciéndose insistentemente en nuestros países enmascarada en prácticas e instituciones democrático-burguesas.

⁴⁹ Nugent, José Guillermo, *El laberinto de la choledad*, Fundación Fridrich Ebert, Lima, 1992, págs. 70 –72.

Siendo el impulso oligárquico el dominante en la región, no pudo (y no puede) consolidarse definitivamente porque su propia dinámica parasitaria permite la subsistencia de los otros grupos con otros intereses sociales. Y esto porque su discurso, por un lado, desconoce en absoluto los intereses de la gran mayoría de los habitantes andinos, haciendo que paulatinamente los otros grupos exijan la ejecución de sus propios proyectos, es decir, su discurso no posee carácter universal. Por otro lado, al no interesarse, la oligarquía, por la construcción del Estado-nación, permite que otro tipo de formas organizativas coexistan con su propio proyecto. Lo que le obliga a reajustar y pactar periódicamente con los intereses de los otras propuestas sociales.

Finalmente anotemos que ni la burguesía, por miopía, ni la oligarquía, por arrogancia, estuvieron y están en capacidad de crear un espacio y un discurso que respondan, formalmente por lo menos, a los intereses de todos los grupos de la Nación. Es decir, nunca pudieron (tampoco podrán) crear un mercado nacional ni una democracia representativa y participativa en la que se involucren todos los habitantes de la región.

Alcances.

Si algún alcance tuvo el proyecto oligárquico burgués fue el intento por crear un piso económico común para la reproducción material de todos los hombres de la región. Base reproductiva que hubiese permitido igualar a los hombres, tanto en su dimensión social y política, cuando en su universo cultural, es decir, transformarlos en obreros, ciudadanos e individuos.

Sin embargo, este proyecto, por intereses propios de sus dos principios (el oligárquico y el burgués), no logró crear la homogeneidad material y ética tan añorada. Sus intentos terminaron produciendo un mundo heterogéneamente conflictivo donde conviven (a veces en absoluta independencia) instituciones y prácticas democratizadoras (producidas por el impulso burgués y resemantizadas o refuncionalizadas por los intereses oligárquicos sectarios) con instituciones y prácticas comunitarias y hacendatarias. Un mundo a caballo entre la hacienda y la república.

Si para los primeros críticos del proyecto burgués la esencia misma de esta clase era su capacidad homogenizadora, aquello que hacia que “... *wo sie* [die Bourgeoisie] *zu Herrschaft gekommen, hat* [sie] *alle feudalen, patriarchalischen, idyllischen Verhältnisse zerstört*”⁵⁰ es en el mundo andino su gran deficiencia.

A todo esto hay que añadir que ni las instituciones democratizadoras ni su refuncionalización oligárquica tuvieron en cuenta los intereses de los obreros ciudadanos y peor aún los del campesinado agrario. Vale decir, un mundo doblemente enmascarado o doblemente quebrantado, si se quiere. La incapacidad de la discursividad oligárquico-burguesa para atrapar la heterogeneidad cultural, política, económica y ética de la región abrió la posibilidad para que otro grupo, los mestizos, tratara de llenar el vacío interpretativo creado por las burguesías andinas. Ese es el tema del próximo capítulo.

⁵⁰ Marx, K. Engels, F., op. cit., 1967, pág. 14.